

LA CAIDA DE BRANDT

EL 5 de marzo, Edward Heath cesaba como primer ministro de Gran Bretaña. En abril moría el Presidente Pompidou. El 7 de mayo se anunció la dimisión del canciller de Alemania Federal, Willy Brandt. ¿Habría que creer en un maleficio europeo?

La resistencia natural a creer en el puro mal de ojo puede llevarnos a creer en otra clase de mecanismos. De las tres desapariciones de estos prohombres, sólo una parece fuera de toda sospecha: la muerte de Pompidou, por una larga enfermedad. Está al margen de los empujones que a veces se le da a la Historia para que vaya en un sentido o en el contrario. Pero quizá la forma que se busca para su sucesión pueda obedecer a unas corrientes y a unas manipulaciones: el empujón a la Historia en este caso lleva el nombre de la liquidación del gaullismo, que fue un desafío a los Estados Unidos, una severa reticencia con respecto al atlantismo y una cierta idea de la construcción de Europa, y su sustitución por una derecha clásica, más atlántica, más económicamente relacionada con Estados Unidos: Giscard ha preconizado ya una «política razonable» con Estados Unidos.

Heath, conservador europeo en la línea ya lejana preconizada por Churchill, de la creación de unos Estados Unidos de Europa, ha caído en el remolino provocado por los acontecimientos que se precipitan desde la guerra de octubre en el oriente árabe: la inflación, la escasez de materias primas, el cierre de las fuentes de la energía. Y le ha sustituido Wilson, que si no ha practicado ya la separación de Gran Bretaña del Mercado Común, es porque su mayoría gubernamental es muy escasa y porque teme que un referéndum nacional sobre el tema le diese un resultado adverso y le obligase a dimitir. Pero ha presentado ya sus reivindicaciones serias y graves a la Comunidad. Y recibe por ello el apoyo de los Estados Unidos.

El último de los «mayores»

Y aquí cae ahora Willy Brandt, el último de los grandes europeístas de los países llamados «mayores» de la Comunidad. Envuelto en un asunto turbio y oscuro de espionaje, procedente de un grave error de cálculo de la Alemania del Este, que pierde así de pronto su mejor interlocutor en Alemania Federal y que verá entrar en un período de frío y de lentitud el proceso de sus relaciones con la República Federal: una «gaffe» sólo comparable a la del famoso vuelo del avión espía

de los Estados Unidos, U-2, sobre la URSS cuando Eisenhower se prepara para iniciar con Krutchev una etapa de la coexistencia pacífica. Pero un asunto probablemente manipulado en el tiempo y en la ocasión por los enemigos de Brandt. Interiores y exteriores, en la oposición y en los Estados Unidos. Schmidt, que sucederá probablemente a Brandt en la Cancillería —las elecciones en el seno del partido se harán el 16 de mayo—, será un interlocutor más cómodo para los Estados Unidos.

No son sólo estos grandes de Europa los que se conmueven, cambian, se deterioran. Los países de la Comunidad están buscando su salvación propia. Italia

que en la crisis del petróleo se decepcionó de sus amigos europeos y buscó la ayuda en Estados Unidos.

Una sólida imagen

La capacidad de Willy Brandt para ofrecer una resistencia a la espectacular y amenazadora ofensiva de los Estados Unidos sobre Europa era, sin duda, limitada. Pero sus posibilidades como interlocutor eran muchos más elevadas que la de cualquier otro dirigente, por el hecho de los servicios prestados.

Su condición de ex combatiente de la guerra fría, de duro gue-

rrero frío, cuando fue burgo-maestre de Berlín-Oeste era sin tacha. Washington le presentó siempre como un personaje a imitar. Y su capacidad de negociador, de aperturista, de liquidador de la misma guerra fría cuando a los Estados Unidos convino que se disipase el contencioso de las dos Alemanias, y de las relaciones de la RFA como heredera del Reich con sus martirizados vecinos, estaba también tan fuera de toda duda que le valió el Premio Nobel de la Paz (si es que este premio, a su vez, se puede considerar como fuera de dudas).

En todo caso, en esta última operación, en esta reñida y difícil etapa de gobierno que va des-



Tras las elecciones que le dieron el puesto de canciller, Brandt comenzó la política hacia el Este. En 1970 Brandt y Willi Stoph, jefe de gobierno de la República Democrática, se sientan en la mesa de conferencias en el salón Schlobhotel, de Kessel, al iniciarse las segundas reuniones entre las dos Alemanias.



Jacques Chaban-Delmas, primer ministro francés, Willy Brandt, Pompidou y Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores, en la terraza del Elíseo. La muerte de Pompidou y la caída de Brandt echan por tierra el proyecto de gobierno europeo, previsto por ellos.



Willy Brandt, cuando era alcalde de Berlín Oeste, habla a la multitud con motivo del primero de mayo.

Juan Aldebarán



La sustitución de Brandt parece sumarse a la serie de hechos extrañamente oportunos que desmoronan la construcción independentista de Europa y favorece la posición de los Estados Unidos. (En la fotografía, Brandt recibe a Kissinger en Múnich.)

de octubre de 1969, en que es elegido canciller, hasta mayo de 1974, Brandt ha construido una imagen sólida de gobernante nuevo, de acuerdo con los tiempos y las circunstancias; inclinaba esta imagen hacia una construcción europea que no hubiera estado de espaldas a los Estados Unidos, pero que podía llegar a erigirse con solidez. Podía obtener de los Estados Unidos más que nadie.

«Nací en el socialismo»

Para construir esta imagen, Willy Brandt tenía un abundante y rico pasado. Una biografía poco común en la todavía aristocrática Europa: la de un hombre continuamente arrojado más allá de los márgenes de la sociedad establecida, y empeñado continuamente en la lucha por adaptar esa sociedad, y no por adaptarse a ella. Desde su nacimiento hasta su dimisión.

Su nacimiento: hijo natural de una vendedora de diecinueve años, en Lübeck. «Mi madre y yo —ella tenía diecinueve años cuando vine al mundo, y estaba sola— no tuvimos una vida fácil. Por eso me ha sido fácil comprender las dificultades y las preocupaciones de los otros», escribe Brandt (1). Nació en los albores de la guerra mundial (1913) y tuvo a su lado un maestro: su abuelo —el padre de su madre—, un socialista puro, que había te-

(1) Sobre la figura y la obra del ex canciller alemán pueden verse los libros recientemente editados en España por Dopesa y Planeta.

nido que abandonar el campo y cambiar la azada por el volante: era chófer de camión, pero tenía la nostalgia de la tierra. «No tuve que entrar en el socialismo: nací en él».

Era un socialismo no dogmático, heredero de la revolución francesa, más de los utópicos que de Marx, el que aprendería de su abuelo, aunque él lo transportase pronto a la clave de Marx. Pero sí hubo un momento de entrar en el partido. El momento de afiliarse. Era en 1930 y tenía Brandt diecisiete años. Ya los «junker» imponían una sociedad rígida, donde los nacidos como Brandt no tenían lugar; ya las camisas pardas estarían en la calle, y Hindenburg presidía Alemania, y Von Papen dictaba en Prusia, y Hitler se aproximaba al poder, que sería enteramente suyo en 1933.

Los camaradas de Brandt comenzaron a caer en la lucha, y el nuevo Régimen no les dejaba lugar: Brandt emigró a Noruega. Es decir, emigró el joven Herbert Karl Frahm, que ése era su verdadero nombre: el de Brandt lo adoptó en Noruega, al tomar la nacionalidad de aquel país y como homenaje a Ibsen (Brandt, personaje de Ibsen: un hombre que lucha contra la adversidad, que se hace a sí mismo).

Ya van enunciados tres elementos que han pesado siempre en la biografía del canciller. Aunque haya llegado a ser una figura mundial, las grandes clases germánicas —desnazificadas quizá, pero no desgermanizadas— han tenido siempre ocasión de recordar que era hijo natural, que militó en un ala extrema del socialismo y que no quiso ser alemán, sino noruego.

Intermedio español

Brandt, noruego de adopción, comenzó a trabajar en el periodismo. Y no cedió en su lucha ni en su ideología. Continuó militando en el socialismo, fue secretario de una organización de solidaridad, y, con los dos motivos, vino a España, a la guerra civil. «Quería ver por mí mismo el acontecimiento que consideraba de mayor importancia después de la subida al poder del nacionalsocialismo». Por razones de partido fue a estar cerca del POUM, al que luego criticaría duramente; pero lo defendería cuando a su vez fue atacado por los comunistas.

El tiempo y las coyunturas modificaron más tarde su visión recordada de España. «Lo que más vivo queda en el recuerdo es la imagen del proverbial orgullo español, de la vitalidad, del amor a la libertad y de la confianza en el futuro de aquella gente, de

LA CAIDA DE BRANDT

la fuerza creadora que, en medio de dolorosos conflictos, no dejó de abrirse camino». Visión ya de canciller, sobre la actualidad, visión de estadista: «Para mí, la España de hoy no se ha convertido en idea fija. Sé que también allí ha tenido lugar una evolución y sólo me cabe esperar, de todo corazón, que en una evolución ulterior se impongan las fuerzas progresistas y europeas. El pueblo español no quiere, sin duda, una guerra civil. La democracia tiene en España todavía sus dificultades, y avanza sólo lentamente. Necesita la solidaridad europea».

Probablemente, en la guerra de España, Brandt había comenzado ya a sentirse distante —o más distante que hasta entonces— del partido comunista; probablemente, también comenzó a revisar su Marx y orientarse hacia el socialismo humanista, idealista, que había sido el de su abuelo. Las circunstancias mundiales, sin embargo, no le dejaban grandes opciones: la lucha está abierta, y Brandt, con sus compañeros, fue de calabozo en campo de concentración, de reunión clandestina en escondite oculto.

Brandt y los americanos

Cuando estalló la guerra y pudo huir de otro nazismo —del mismo nazismo—, el de Quisling en la Noruega ocupada por los alemanes, Brandt comenzó a buscar formas democráticas, y se sintió más atraído por lo que entonces representaban los Estados Unidos —con su leyenda de declaración de independencia, de derechos del hombre, de Constitución modélica; con su actuación visible de liberadora de Europa— y las democracias occidentales, que por lo que representaba la Unión Soviética. Quizá sus contactos internacionales se desarrollaron en ese sentido, y cuando pudo volver a entrar en Alemania —como periodista y como oficial de información noruego, para asistir al proceso de Nuremberg— su elección estaba hecha entre los ocupantes de su país. Prefería a los americanos.

Los americanos, a su vez, prefirieron a Willy Brandt. Su socialismo era utilizable. No para gobernar el país, que entonces era de la democracia cristiana, de la combativa y fronteriza democracia cristiana que se implantó en la Europa problemática de la posguerra, pero sí como elemento básico de la propaganda y la actuación anticomunistas, que fue un papel abundantemente desempeñado por los partidos socialistas europeos en aquel momento, recuperando así la vieja división, la antigua animadver-



Después de la guerra, Brandt volvió a Alemania y comenzó a ascender en el SPD. La fotografía es del 8 de mayo de 1949, un año antes de llegar a diputado en el Parlamento de Berlín.



1968: Brandt, ministro de Asuntos Exteriores, saluda al filósofo Ernst Bloch durante los actos conmemorativos del ciento cincuenta aniversario del nacimiento a Carlos Marx, celebrado en Treveris, su ciudad natal.

sión, que había estado apagada por la necesidad de solidaridad en los años de guerra.

Brandt recuperó la nacionalidad alemana y la amistad de sus compañeros de partido; había estado en contacto continuo con los resistentes desde Noruega, y luego desde Suecia. Eligió Berlín Oeste, la difícil ciudad fronteriza, para sus actividades. Fue ascendiendo en el partido y fue ascendiendo en la política: diputado en el Parlamento de Berlín en 1950, fue su presidente desde 1955 a 1957, y desde entonces hasta 1966 y, a partir de ese momento, vicescanciller y ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de coalición (Presidente, Kiesinger, sucesor de Adenauer; es decir, cuando la democracia cristiana comenzaba a decaer visiblemente, porque ya no era necesaria como fuerza de combate contra el comunismo y comenzaba la coexistencia). Un paso decisivo en su carrera: la repudiación oficial del marxismo por el partido socialdemócrata en Bad Godesberg, 1959 (Brandt era en ese momento vicepresidente del partido). Era un paso necesario para poder abandonar lentamente el anticomunismo violento que había presidido su actuación desde el final de la guerra. Era un paso requerido para la política de reconciliación moderada con la República Democrática, con la URSS.

La «Ostpolitik»

Podría comenzar a realizarla tras las elecciones que le dieron el puesto de canciller. El apretón de manos a Willi Stoph (primer ministro de la RDA) en marzo de 1970 sería el primer gesto espectacular. Se habla de los tres gestos de Brandt: uno sería éste; otro, unos meses después —en diciembre—, cuando se arrodilló en Varsovia ante el monumento a los judíos asesinados por los nazis; el tercero, el rezo de un salmo de David en Jerusalén para pedir perdón a los judíos por el daño realizado por Alemania, hace menos de un año: en junio de 1973.

Pero hace apenas un mes, Brandt estaba en Argelia conversando con Bumedian, y en el Cairo negociando con Sadat. ¿Una reconversión de la política alemana? Una reconversión, también, de la política árabe, sobre todo, la egipcia, y una necesidad de reconquistar el petróleo perdido por Europa, la ayuda a Israel prestada por la RFA en todo momento —armas y dinero—.

En estos cuarenta y cinco meses de poder, Brandt había sido duro. Para la propia izquierda de su partido y para la izquierda exterior al partido. Aunque quizá

en los tiempos por venir estos elementos marginados por Brandt porque le reprochaban su moderación de gobernante, su lentitud en practicar definitivamente la apertura al Este y su servicio al capitalismo nacional y al capitalismo europeo, estas izquierdas puedan sentir alguna nostalgia de Willy Brandt.

Helmut Schmidt

Helmut Schmidt, si es él quien le sucede, como parece muy probable, llega más allá en la energía y en la servidumbre política que Brandt; se ha dicho que Schmidt, como vicepresidente, ha sido el inspirador de Brandt. Es un orador rudo y un conversador audaz.

Se ha dicho que como ministro de Defensa ha explicado detenidamente a los altos mandos militares cómo hay que proceder para eliminar la izquierda de todo acceso al poder en el país. Se ha dicho también que en algunas ocasiones ha presumido de su origen nazi—los grupos navales de las juventudes hitlerianas en Hamburgo; salió de ellas para entrar en el Ejército durante la guerra, en la que llegó a ser

oficial de Artillería—; se sabe que es defensor de la presencia de armas nucleares de Estados Unidos en el suelo de la República Federal, que su vocación de atlantismo es absoluta. Y se ha visto, en los últimos tiempos, una auténtica amistad con los puntos de vista de Washington, junto a Kissinger y Nixon: fue él quien se opuso a las tesis francesas de negociaciones con los árabes en la conferencia de Washington sobre la energía, y quien decidió que los Estados Unidos deben mantener la hegemonía en el reparto del petróleo; y en el Ministerio de Finanzas ha apoyado firmemente el dólar.

Se desmorona el independentismo

La sustitución de Brandt por Schmidt parece sumarse, por lo tanto, a la serie de hechos, extrañamente oportunos, que desmoronan la construcción independentista de Europa en estos tiempos y favorecen la posición de los Estados Unidos en esta zona de influencia. Sobreviene cuando, según se dice, Brandt había preparado con Pompidou un proyecto de federación europea.



Helmut Schmidt, probable sucesor de Brandt. Tiene una probada vocación atlántica.

En la reunión del 6 de mayo en Strasburgo, Pompidou debía haber presentado un proyecto de Gobierno Europeo, según ha explicado el ministro de Asuntos Exteriores, Jobert. Iba a hablar Pompidou ante los 17 países del Consejo de Europa, que celebró su 25 aniversario, y esto es, según Jobert, lo que habría dicho: «Sería necesario que en esta unión europea en gestación, un cierto número de problemas fuesen delegados a una autoridad europea, que sería un Gobierno Europeo. Se puede imaginar fácilmente el esquema de un Gobierno Europeo, con una representación simultánea de los Estados y de los indi-

viduos en las instituciones parlamentarias apropiadas... Habría lanzado la idea de una confederación europea por medio de orientaciones precisas y de indicaciones de fondo».

Probablemente, este texto no era sólo de Pompidou. Lo habría consultado con Willy Brandt, y Willy Brandt habría defendido el proyecto, con las modificaciones o las reservas propias de su política. Pero Pompidou ha muerto y Brandt ha caído el mismo día de la reunión de Estrasburgo.

¿Un maleficio? Ya sabemos que no existen. No hay más maleficios que las maniobras. Habrá que pensar que el esfuerzo por que Giscard sustituya a Pompidou, el esfuerzo por que Schmidt sustituya a Brandt, deben tener un mismo origen. Habrá que saber, y quizá no tarde mucho en saberse, qué manejos, qué manipulaciones, qué profundidades hay en el caso del espía Guillaume. ¿Forzó alguien su ascenso en la Cancillería hasta el puesto de secretario particular de Brandt? ¿Desde cuánto tiempo se sabía que era espía? ¿Advirtió alguien de los que lo sabían a Brandt de la naturaleza del personaje que tenía a su lado? ¿Se esperó a un momento políticamente conveniente para producir el escándalo?

Una nueva etapa

Sobre todas estas preguntas hay algo que convendrá explicar: ¿Qué ha pasado entre el 24 de abril, en que Guillaume fue detenido por los Servicios de Seguridad, acusado de espionaje, y el 7 de mayo, en que se anunció la dimisión de Brandt? Trece días parecen muchos para que tomara una decisión un hombre acostumbrado a tomarlas con rapidez. ¿Qué presiones se han ejercido sobre Brandt para que elija esta salida silenciosa?

Al menos, le ha quedado la virtualidad del ejemplo. Mientras Nixon se aferra al poder como una lapa desesperada, Brandt lo ha abandonado por una cuestión de dignidad en el plazo de trece días.

Y se ha inaugurado así una nueva etapa en la política europea. Una etapa manifiestamente regresiva en cuanto a su conformación anterior, claramente decisiva en cuanto a su atlantismo, favorecido incluso por el movimiento de Portugal, que deja de estar en cuarentena, y cuyo Gobierno provisional nos dirá pronto cuál es su punto de vista sobre estas cuestiones, aunque la pronta declaración de Spínola de respetar los pactos y llevarlos adelante, que no ha desmentido Mario Soares y con la que no se ha enfrentado Cunhal, parece ser, ahora, una indicación. ■ J. A.



Reunión de la Internacional Socialista, en Londres. De izquierda a derecha, sentados: George Brown (Gran Bretaña), Brandt (RFA), Harold Wilson (GB), Hans Otto Krag (Dinamarca), Tag Eriander (Suecia), Moshe Sharett (Israel). En pie: Fritz Gruetter (Suiza), J. G. Grunshof (Holanda), A. Vondeling (Holanda), Bruno Pittermann (Austria), Antonio Cargliola (Italia) y Trygve Bratelli (Noruega).